

DIALOGO SEGUNDO.

Influjo del calor sobre el estómago; peste; fiebre amarilla; cóleramorbo; tifo; contagio; infección.

EL MÉDICO JÓVEN.

Vengo, Caballero, á cumplirle á Vm. mi promesa.

EL SABIO.

Doyle á Vm. mil gracias, amigo mio. Contrajo Vm. el empeño de probarme que la fiebre amarilla y cóleramorbo son gastro-enterítis análogas á las fiebres esenciales de nuestros climas : oigo á Vm.

EL MÉDICO JÓVEN.

Un calor mucho mas vivo que el de nuestras regiones, y que hace mas irritables á los hombres por consiguiente, emanaciones pútridas mas venenosas, estas son las únicas diferencias.

EL SABIO.

Y ¿ como puede todo eso producir gastro-enterítis?

EL MÉDICO JÓVEN.

El calor las prepara ó aun las determina enardeciendo el estómago, secándole, haciéndole mas irritable, como lo prueba la sed que nos devora en los estíos abrasados.

EL SABIO.

Pero, pobre doctor mio, el calor es un debilitante ¿ como quiere Vm. que él produzca la inflamacion? Repare Vm. en cuan perezosos somos durante el verano.

EL MÉDICO JÓVEN.

El calor debilita los órganos del movimiento, pero irrita el estómago é intestinos : por lo mismo necesitamos de agua para aplacar esta irritacion. Trate Vm. de privarse de ella cuando haya hecho un ejercicio fatigoso, y perdido mucho con el sudor, en un dia de verano : y verá si su estómago no se volverá tan ardiente

como un horno. Persevere Vm., y no le doy tres dias sin que le asalte una gastritis.

EL SABIO.

Eso es falso, querido mio, eso es una teoría. Apago yo la sed con buen vino en tales casos; y si me atracara de agua, tendria males de estómago, cólicos, y calenturas.

EL MÉDICO JÓVEN.

Qué! se llena Vm. el estómago de vino puro, siempre que el calor le ha causado sed! ¿Qué es su cabeza de Vm.? ¿Se halla idóneo para el estudio de las matemáticas despues de haber tomado semejante bebida?

EL SABIO.

No digo que trago vino puro; echo en él, á lo ménos, dos tercios de agua.

EL MÉDICO JÓVEN.

Echa Vm. dos tercios de agua. . . . Pues bien, Caballero, si hiciera tres veces mas calor, ó que Vm. fuera mas jóven, y tres veces mas sanguíneo é irritable, estaria obli-

gado á echar tres veces ménos vino y seis mas agua. El refrigerante que Vm. busca en esta bebida está en razon del agua y no en razon del vino. Sucede lo mismo con los alimentos ¿Cree Vm. que podria comer tanto melon, tantas frutas crudas, en invierno, como toma de ello durante el verano?

EL SABIO.

Sin duda que no; eso me enfriaria el estómago, y me ocasionaria indigestiones.

EL MÉDICO JÓVEN.

¿Está pues su estómago de Vm. mas caliente en verano que en invierno?

EL SABIO.

Está mas caliente en invierno, supuesto que puedo digerir mas carne y pan que en verano.

EL MÉDICO JÓVEN.

Es un nuevo error: la carne es un alimento irritante, calefaciente; y si Vm. la soporta mejor en invierno, nace de que su estómago está ménos caliente é irritable.

que en el estío. La carne no infunde mas que horror, cuando tenemos inflamado el estómago, miéntras que apetece con ardor las bebidas frias. Ahora bien, el calor del verano produce en este órgano una irritacion que se aproxima á la inflamacion: por lo mismo tenemos con escasa diferencia entónces los mismos apetitos que en la gastritis, y si les ponemos impedimentos, esta enfermedad es inevitable.

EL SABIO.

¿Concluye Vm. de ello que la fiebre amarilla y peste son gastritis y gastro-enteritis?

EL MÉDICO JÓVEN.

No, Señor; pero infiero de ello que el calor atmosférico enardece el estómago de las personas nacidas en los países frios ó templados, y que se hallan transportadas á los cálidos; que el hábito en que ellas están de alimentarse como lo hacian en su patria, y la preocupacion que las inclina á buscar corroborantes en las bebidas fermentadas, elevan la irritacion gástrica al

grado de la inflamacion; y que esta progresion es tanto mas rápida, cuanto mas jóvenes y sanguíneos son los pacientes. Esta es la razon, no lo dude Vm., por la que la muerte arrebatada en las colonias, tantos tiempos hace, la flor de la juventud europea.

EL SABIO.

Pero, dígame otra vez, semejante gastritis no tiene nada que ver con la fiebre amarilla y la peste....

EL MÉDICO JÓVEN.

Pero, Caballero, deme Vm. lugar para hablarle de los miasmas pútridos.

EL SABIO.

Ah! ah! ¿halla la putridéz pues tambien su lugar en el sistema de Vm.? Si no me engaño, es eso ciertamente algo del humorismo. Necesitará Vm. en adelante de los depurativos, de los antipútridos, etc. Por cierto me habia sospechado que con un juicio tan sano, no habria abrazado Vm. una teoría esclusiva que no admite mas que la inflamacion, las sangrías y agua de

goma. Este artículo empieza á reconciliarme algo con la doctrina fisiológica.

EL MÉDICO JÓVEN.

Alto ahí! mi querido protector, le suplico á Vm. que no vaya tan adelante. Los miasmas pútridos son gases ó vapores que se desprenden de los cuerpos vegetales y especialmente animales privados de vida y espuestos á la putrefaccion, bajo la influencia del aire, de la humedad, y del calor de la atmósfera. Cuanto mas declaradas están estas condiciones, tanto mas rápida es la descomposicion, y tanto mas mortíferos, es decir irritantes son los vapores que de ella se exhalan. Penetran estos en nuestro cuerpo, en que determinan la inflamacion; y las gastro-enterítis se manifiestan con los mismos síntomas que caracterizan las que tenemòs á la vista: por ejemplo, la de mi padre....

EL SABIO.

Le detengo á Vm., doctor, á mi vez: ¿como hace llegar Vm. sus miasmas á los órganos digestivos? ¿No los recibe mas

bien la piel inmediatamente, y los absorve el pulmón en el acto de la respiracion? ¿Porqué pues no producen ellos enfermedades cutáneas, reumas, pleuresías, fluxiones de pecho, y tisis pulmoniacas? ¿Qué afinidad los dirige á lo interior del estómago é intestinos?

EL MÉDICO JÓVEN.

Los vapores pútridos, Caballero, se tragan con la saliva, con la que se mezclan continuamente: las superficies digestivas se impregnan con ellos, y el efecto que los mismos producen es tan pronto y notable, que las personas que no están habituadas á ello perciben su sabor del modo mas importuno, luego que se hallan en una atmósfera que los contiene; experimentan al punto nauseas, hastio, males de cabeza, fatiga en todo el cuerpo; en una palabra, todos los síntomas de la gastro-enterítis la mas comun. La piel puede sufrir con ello: por lo mismo se notan con frecuencia, en esta cubierta, erisipelas, carbunclos, y malignas postillas. Estas in-

flamaciones acompañan casi siempre á las de las vias digestivas, bajo la influencia de los miasmas productores de la peste; agregándoseles tambien las inflamaciones glandulosas ó bubones. En cuanto á los pulmones, no se inflaman ellos mas que consecutivamente á las vias gástricas, y no en cuantos casos se hallan atacadas estas. Se repite tambien en el cerebro la inflamacion de las vias gástricas.

EL SABIO.

¿Qué cosa testifica la existencia primitiva de la gastro-enterítis en la peste?

EL MÉDICO JÓVEN.

La semejanza de los síntomas entre esta enfermedad y nuestras mas comunes fiebres, y la abertura de los cadáveres. Todos los médicos nos dicen que ella se asemeja á nuestras calenturas malignas; y los yerros que se verificáron en la peste de Marsella y en otras muchas confirman esta analogía. La curacion nos suministra la última prueba suya.

EL SABIO.

¿Cura Vm. acaso la peste como la fiebre pútrida maligna?

EL MÉDICO JÓVEN.

Sí, Señor; y nuestros aciertos son los mismos, aunque en menor número á causa de la intension del mal.

EL SABIO.

¿Y la fiebre amarilla?

EL MÉDICO JÓVEN.

Es mas parecida todavía á nuestras fiebres ordinarias, supuesto que ella no tiene carbunclos ni bubones. El calor y emanaciones pútridas de las playas marítimas y caudalosos rios, de los puertos infectos y de otros receptáculos de putrefaccion, son las únicas causas suyas; y debemos curarla como la gastro-enterítis de mi padre.

EL SABIO.

¿Porqué pues dejáron perecer sus compañeros de Vm. á tantas víctimas en Barcelona?

EL MÉDICO JÓVEN.

A causa de que ignoraban la doctrina fisiológica; pero tenemos un sinnúmero de condiscípulos, secuaces de esta doctrina que atajan la fiebre amarilla con las sanguijuelas puestas en el estómago, y en toda la estension del empeine, cuando tienen estos animales; y á falta suya, aplican ventosas sajas, hacen sangrías generales, dan temperantes, se abstienen de los eméticos y supuestos tónicos; y si no aciertan á destruir la enfermedad, mitigan sus síntomas, y consiguen un mucho mayor número de curas que los médicos estimuladores. Las mulatas habian conocido ya el peligro de los irritantes; porque se contentan, hace muchos años, con bebidas y lavativas acídulas. Las preocupaciones con que estaban imbuidos los médicos de las antiguas escuelas, les impedian aprovecharse de una tan sabia práctica: y el recibir lecciones de semejantes profanos, los hubiera humillado en extremo. Pero los fisiologistas no son tan soberbios:

alentados por nuestro catedrático, abrazaron esta curacion, y la perfeccionaron; muchos de ellos hicieron ya su profesion de fe en obras impresas, entre otros el doctor Lefort, médico del rey en la Martinica, que acaba de dar á luz un excelente folleto sobre esta enfermedad; otros dirigieron diversas observaciones al compositor de los *Anales de la Medicina fisiológica*. Ellas parecerán; y la verdad despedirá en breve un tan vivo resplandor, que iluminará su luz á todos.

EL SABIO.

Aguardaré esa reluciente claridad para darme por convencido: entre tanto, déme Vm. su licencia para dudar, porque tengo mucha dificultad para creer que los únicos medios antiflogísticos puedan algo contra una enfermedad contagiosa, que se comunica á cuantos se le aproximan, y que se lleva á las gentes, á menudo en espacio de algunas horas. Hubiera querido yo ver allí á Vm. con sus sanguijuelas, limonada, y agua de goma.

EL MÉDICO JÓVEN.

Hubiera hecho yo quizás tanto como aquellos condiscípulos míos que tuvieron la ventaja de hallarse allí. No nos lisonjearnos de curar á las personas que no tienen ni aun lugar para pedir socorro; pero cuando es conocido el método, cada uno está prevenido, y no malogra ni siquiera un solo instante en deliberar. Es probable que los que perecen tan prontamente, tenían ya, en las vísceras, una irritacion, quizás ocasionada por un régimen nada conveniente; y presumo que, si todos supieran que los tónicos y regalada comida son mas propios para fomentar que para precaver la fiebre amarilla, estas muertes casi repentinas no serian ni con mucho tan comunes como lo fuéron hasta el presente. Pero se le ha soltado á Vm. la palabra contagio, y me creo en la precision de esplanarle la significacion suya.

EL SABIO.

Dispéñese Vm. de semejante molestia.

Las fiebres contagiosas son las que se propagan de seguida en una ciudad, distrito, ó imperio, y que pueden comunicarse á puerto de mar por los bajeles que llegan de los países en que ellas están haciendo sus estragos. Este es el modo de propagacion de la fiebre amarilla, y ninguna dolencia es mas contagiosa que esta.

EL MÉDICO JÓVEN.

Deme Vm. su licencia para hacerle notar que considera de un modo muy general la cuestion. El modo de propagacion que Vm. acaba de atribuir á la fiebre amarilla, se refiere mas bien á la infeccion que al contagio; pero el uno debe distinguirse necesariamente de la otra, á fin de servir de guia al médico en las providencias que pueda sugerir á la autoridad.

EL SABIO.

Ah! toma Vm. partido en la cuestion del contagio é infeccion, que ví controvertida en una infinidad de obras de algunos años á acá. En cuanto á mí, le protesto á

Vm. que no me fué posible alcanzar nada en ello : pero me parece que no pueden tomarse demasiadas precauciones para atajar los progresos de una enfermedad capaz de viajar de un pais hácia otro ; y creo que la facultad de medicina resolvió así la dificultad. Por lo demas, me hallo curioso de saber qué distincion hace Vm. entre el contagio y la infeccion.

EL MÉDICO JÓVEN.

Los receptáculos generadores de los miasmas son capaces, con arreglo al fundador de la doctrina fisiológica, de la siguiente distincion : 1º receptáculos procedentes de la descomposicion de los cuerpos organizados privados de vida, lagunas, playas marítimas, cementerios, muladares y todos los sitios en que diversos cuerpos muertos se descomponen en campo raso, ó cubiertos con una ligera capa del humus ; 2º receptáculos producidos por la reunion de los cuerpos vivientes, sanos ó enfermos, cárceles, hospitales, ciudades sitiadas, navíos en alta mar ; 3º receptáculos

compuestos de enfermos separados que comunican á las personas sanas el afecto de que están atacados. Ahora bien, la peste, la fiebre amarilla, las fiebres dichas de las *prisiones*, de los *hospitales*, etc., que se observan en nuestros paises, dependen de las dos primeras especies, supuesto que no se propagan mas allá de los receptáculos que las produjéron. Las viruelas, el sarampion, provienen de la última especie, supuesto que los vemos comunicarse de uno á otro hombre, en todas las condiciones atmosféricas imaginables.

EL SABIO.

Un instante : acaba de decir Vm. que la fiebre amarilla no va mas allá de su receptáculo generador. ¿Porque pues viaja ella por mar á tan considerables distancias?

EL MÉDICO JÓVEN.

Porque los bajeles se vuelven receptáculos de la segunda especie. Sucederia lo mismo con un hospital colocado á proximidad del receptáculo primitivo de esta enfermedad, en un lugar sano, por ejemplo

en una altura espuesta al viento del norte, si amontonáramos en él á innumerables enfermos. Aun la fiebre amarilla no se mantendría allí, mas que en cuanto el calor atmosférico conservara una suma intensidad. No sucede lo mismo con las viruelas, cuya propagacion no puede atajarse por medio ninguno.

EL SABIO.

Esas son unas distinciones que yo no habia hecho todavía. De lo cual resultaria que los cordones de tropas establecidos para reducir la fiebre amarilla á los límites de su primitivo receptáculo, no servirían mas que para condenar á los desgraciados que se hallan encerrados allí á experimentar casi todos la enfermedad.

EL MÉDICO JÓVEN.

Vm. lo ha dicho, Caballero; la humanidad no condena ménos semejantes providencias que el interes del comercio y de la diplomacia. Lo que debe hacerse en un caso de fiebre amarilla, es auxiliar la emigracion hácia los parages sanos; mandar

asistir allí á los enfermos separadamente, ó bajo tiendas bien ventiladas, para impedir la formacion de un receptáculo artificial análogo al de los navíos; últimamente desinfectar el receptáculo primitivo, facilitando la evacuacion de las aguas, conservando la limpieza en las calles, plazas públicas, muelles, y velando solícitamente sobre el enterramiento de los cadáveres. Con cuyas precauciones, no es temible ya la estension del mal por parte de los enfermos salidos de los receptáculos, ni por la de los vestidos ó utensilios que les sirviéron.

EL SABIO.

¿Tiene Vm. algunas pruebas de lo que está sentando?

EL MÉDICO JÓVEN.

Tengo por autoridad al doctor *Deveze*, que practicó la medecina en todas las latitudes de la América, y que, el primero, propuso emplear la palabra *infeccion* para designar la propagacion de las enfermedades procedentes de un receptáculo de pu-

trefaccion, á distincion de la que resulta de la comunicacion de un individuo sano con otro enfermo, prescindiendo de cualquiera otra especie de receptáculo. Me apoyo en una obra del mas alto interes, compuesta por el doctor *Lassis*, que demuestra que todas las pestes, desde los mas remotos tiempos hasta los presentes, tuvieron causas locales y muy fáciles de apreciar. Fué confirmada desde luego la opinion de estos respetables sabios por la de otro médico viagero frances, no ménos recomendable, el doctor *D. Luis Valentin*; pero es hoy dia la de los mas de los médicos americanos; y la epidemia de Barcelona la convirtió definitivamente en certeza, supuesto que ninguno de los habitantes, sanos ó enfermos, que se deramaron en los contornos de esta ciudad, comunicó la fiebre amarilla en ellos.

EL SABIO.

¿Qué discurre Vm. sobre el cólera-morbo de las Indias?

EL MÉDICO JÓVEN.

El doctor Gravier, médico del rey en Pondichery, hizo ver, en una sabia disertacion presentada este año á la facultad de medicina de Strasburgo, que esta enfermedad no era contagiosa, sino que dependia del excesivo calor del dia, que contrasta con el frio de las noches, y de un régimen muy irritante, que ejercian su accion sobre grandes reuniones de tropas en la ciudad de Calcuta y sitios circunvecinos. Los enfermos en cuya cura se hizo uso de los irritantes, perecieron casi todos; las sangrías y las bebidas emolientes salvaron en algunas horas á cuantos tuvieron la felicidad de recibir estos socorros en el momento de los primeros principios. Mr. Gravier, testigo de esta epidemia, ha hablado con arreglo á su esperiencia y á la de muchos compañeros, que, como él, practicaron conforme á los principios de la nueva doctrina.

EL SABIO.

¿Cual es su opinion de Vm. sobre la sarna y sífilis?